

La nueva filología en Ortega*

Esmeralda Balaguer García

ORCID: 0000-0002-5633-0565

Resumen

El concepto de "nueva filología" es poco conocido en el pensamiento de Ortega. Es un concepto que se fragua en el exilio y que remarca la necesidad de atender al contexto del autor para entender eso que realmente quiso decir, porque el acto del habla encierra silencios. A través del epistolario que Ortega cruzó con el filólogo Ernst Robert Curtius y escritos como "Apuntes para un comentario al Banquete de Platón" y el curso de *El hombre y la gente*, trazaré las características de la "nueva filología" y de la Teoría del decir que emana de ella. Para hacer filosofía es necesario atender al lenguaje en su *status nascens*: esta es la esencia de la nueva filología y la intención de esta aportación consiste en clarificar esta sentencia.

Palabras clave

Ortega y Gasset, Nueva Filología, Decir, Callar, Contexto

Abstract

The concept of "new philology" is little known in Ortega's thinking. It is a concept that is forged in exile and that emphasizes the need to attend to the context of the author in order to understand what he really meant, because the act of speech encloses silences. Through the epistolary that Ortega crossed with the philologist Ernst Robert Curtius and writings such as "Apuntes para un comentario al Banquete de Platón" and the course *El hombre y la gente*, I will trace the characteristics of the "new philology" and the Theory of Saying that emanates from it. In order to make philosophy it is necessary to pay attention to the language in its status nascens: this is the essence of the new philology and the intention of this contribution consists in clarifying this sentence.

Keywords

Ortega y Gasset, New Philology, Say, Silence, Circumstance

La filología es un arte respetable, que exige a quienes la
admiran que se mantengan al margen, que se tomen
tiempo, que se vuelvan silenciosos y pausados; un arte de
orfebrería, una pericia propia de un orfebre de la palabra,
un arte que exige un trabajo sutil y delicado, en el que no
se consigue nada si no se actúa con lentitud.
(FRIEDRICH NIETZSCHE, *Aurora*)

* Este trabajo se enmarca en el siguiente proyecto de investigación: *Redes intelectuales y políticas: la tradición liberal en torno a José Ortega y Gasset* (FFI2016-76891-C2-2-P), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Unión Europea.

Cómo citar este artículo:

Balaguer García, E. (2020). La nueva filología en Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, (41), 33-42.
<https://doi.org/10.63487/reo.161>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 41. 2020
noviembre-abril



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

El concepto de “nueva filología” es tardío en el pensamiento de Ortega. Empieza a fraguarse en los años 30 en *Misión del bibliotecario*, donde expone el carácter del decir, caracterizado por su ser deficiente –se compone de silencios– y por ser algo que el hombre hace, y tiene su primera expresión en la conferencia “Meditación del pueblo joven”, que impartió en Argentina en 1939. Desde ese momento su exposición será constante y se verá desarrollada con mayor profundidad en “Apuntes para un comentario al Banquete de Platón” de 1946 y en el curso *El hombre y la gente* de 1949, que impartió en el Instituto de Humanidades.

El epistolario que Ortega cruzó con el filólogo alemán Ernst Robert Curtius es fundamental para completar sus reflexiones sobre este concepto, pues en una carta bastante extensa del 4 de marzo de 1938 desarrolla plenamente qué es la nueva filología y cuál es su principio constitutivo. Esta fue la primera vez que Ortega expuso con claridad y detalle el carácter de la nueva filología por la que abogaba. La carta es demasiado extensa para ser reproducida aquí¹, pero resumo su contenido en la siguiente idea: a partir de la pregunta sobre cuál era la misión del filólogo cuando se adentra en el análisis o comentario de un texto medieval o histórico, Ortega llegaba a la conclusión de que había imperado la confusión y el caos al respecto. Por tanto, era conveniente definir qué queremos decir cuando afirmamos que el filólogo aspira a entender un texto. El quehacer del filólogo debía consistir en entender un texto como *Handlung* de un hombre, esto es, habría que deshacer el texto para mostrar cómo fue hecho por su autor.

Ortega constantemente anunciaba la exposición de “los Principios de una nueva filología” que nunca terminaba de concluir. Estos principios formaban parte del “mamotreto filosófico” que nunca llegó a escribir *Aurora de la razón histórica*. El 30 de enero de 1937, ya exiliado en París, Ortega le escribía una carta a su traductora alemana Helene Weyl donde le anunciaba los cuatro capítulos que formarían parte de este libro: el primero, “Aurora de la razón histórica”, sería un desarrollo completo de lo que había anticipado en *Historia como sistema*; el segundo, dedicado a *Ideas y creencias*, tendría una parte central sobre “los mundos interiores”; el tercero, y este es el que aquí nos interesa, desarrollaría los Principios de una nueva filología; y el último estaría dedicado al método de las generaciones (se refería a *En torno a Galileo*). En esta carta también hacía constar que estos cuatro capítulos estaban interrelacionados y que el anterior conducía al siguiente².

¹ El lector puede encontrar la carta en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset y publicada en José ORTEGA Y GASSET, *Epistolario*. Madrid: El Arquero, 1974, pp. 106-122.2.

² Gesine MÄRTENS (ed.), *Correspondencia. José Ortega y Gasset, Helene Weyl*, trad. de María Isabel Peña Aguado. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2008, pp. 195-198.

El proyecto de *Aurora de la razón histórica* quedó inacabado y tan sólo nos han llegado retazos para su reconstrucción. La idea de fondo de este “mamotreto” o “gran masa de pensamiento”, como también lo llamó en otra carta que le escribió a Curtius, era que la razón histórica demandaba una nueva técnica para pensar la realidad desde la coyuntura circunstancial y esta nueva técnica era la nueva filología.

Como ya he dicho, Ortega nunca culminó este ensayo de nueva filología o nueva lingüística, pero sus reflexiones al respecto aparecen a lo largo de su obra a través del desarrollo de la metáfora y de los análisis etimológicos de primer orden que realizaba, por ejemplo, de los conceptos romanos de *concordia* y *libertas* y en ensayos profundamente lingüísticos como *Meditaciones del Quijote* (1914) o “Ensayo de estética a la manera de prólogo” (1914).

¿Qué es la nueva filología? ¿Qué quiso decir Ortega cuando dijo y dejó escrito este concepto? Tratar de responder a estas preguntas es ya un ejercicio de nueva filología. Para Ortega había una continuidad entre el orbe filológico y el orbe filosófico. Es más, el orbe filológico –le escribía a Curtius en la carta mencionada de 1938– era una condensación particular dentro del orbe filosófico. En esa epístola, Ortega pedía una reforma de la filología y esa reforma fue lo que llamó “nueva filología”. Para crear una nueva lingüística debía existir una lingüística anterior que superar o reformar. Esta “vieja” lingüística de la que quiere distanciarse el filósofo es la que asienta su base en el pensamiento de Ferdinand de Saussure y en la corriente por él iniciada de la lingüística estructuralista. La reforma consistía en que el filólogo debía entender un texto como el *Handlung* de un hombre, esto es, como un hacer *por* y *para* de un hombre. Si la filología se detenía tan solo en la traducción de las palabras se convertía en filología abstracta.

Una idea o un pensamiento no son en sí mismos una realidad, sino que son mera abstracción. Para que una idea o frase adquiriera dimensión de realidad, es necesario que reconstruyamos la vida del hombre que la dijo o pensó, porque su realidad depende de la función que tenga en esa vida, depende del sujeto que la enunció. Una misma idea puede ser pensada por hombres distintos y en épocas diferentes y su realidad será también diferente. De aquí se desprende el primer principio de una nueva filología, que Ortega repitió a lo largo de los escritos mencionados y que expuso por primera vez en el “Prólogo para franceses” de 1937: *Duo si idem dicunt non est idem* (Si dos dicen lo mismo, ya no es lo mismo). Ortega, que fue un buen latinista y un mejor conocedor del mundo greco-romano, puede que encontrara en la obra *Adelphoe*, traducida al español como *Los hermanos*, del dramaturgo romano Terencio, la idea de este principio en la siguiente sentencia: *Duo cum faciunt idem non est idem* (Cuando dos hacen la misma cosa, no es la misma). Para Ortega, la esencia de la nueva

filología se resumía en este sencillo principio, que demandaba atender al texto como un diálogo *in status nascendi*:

Se olvida demasiado que todo auténtico decir no sólo dice algo, sino que lo dice alguien a alguien. En todo decir hay un emisor y un receptor, los cuales no son indiferentes al significado de las palabras. Este varía cuando aquéllos varían. *Duo si idem dicunt non est idem*. Todo vocablo es ocasional. El lenguaje es por esencia diálogo y todas las otras formas del hablar depotencian su eficacia. Por eso yo creo que un libro sólo es bueno en la medida en que nos trae un diálogo latente, en que sentimos que el autor sabe imaginar concretamente a su lector y éste percibe como si de entre las líneas saliese una mano ectoplásmica que palpa su persona, que quiere acariciarla³.

Dicho de otro modo, cada diciente en cada circunstancia adopta una posición subjetiva en el acto del habla y todo lo que dice lleva detrás la renuncia a no decir otras muchas cosas, porque el hablar encierra un callar. En esta medida, es una tarea de primer orden atender a aquello que dijo o pensó un hombre enmarcado en la existencia o contexto de ese hombre.

Por esta razón para Ortega era necesaria una reforma de la filología, pues no podía construirse únicamente de técnicas lingüísticas, necesitaba de una nueva técnica. La razón vital era la nueva técnica o disciplina que se ocupaba del estudio de la estructura general de la vida humana. Pero la razón vital no era suficiente, porque se trataba de una disciplina abstracta cuyo objeto de estudio era la realidad “vida humana”. Y la vida humana de cada cual es siempre individual y por tanto es siempre una realidad distinta, de modo que para llenar la arquitectura de momentos abstractos o lugares vacíos que habría al definir la estructura de toda vida necesitaríamos aplicar la razón histórica. Por eso la razón vital era filosofía primera y la razón histórica una razón *a posteriori*.

Solo se puede entender un texto cuando lo deshacemos, o dicho de otro modo, cuando previamente hemos construido la vida de un hombre. Cuando sorprendamos a la idea *in status nascendi* poseeremos la realidad de esa idea. En esto precisamente consiste el ejercicio etimológico, en hacer resucitar en la palabra muerta su sentido vívido. Para Ortega, etimología es el nombre concreto de la razón histórica.

Ortega había llegado con esto a una idea filosófica de primer orden: para la reflexión filosófica era necesaria una técnica filológica. Por eso insistía en que la filosofía precipitaba en filología y la filología se dilataba en filosofía, ya que ambas se ocupaban de la misma realidad, lo humano.

³ José ORTEGA Y GASSET, “Prólogo para franceses”, *Obras Completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, IV, 350. En adelante todas las referencias de Ortega remiten a esta edición con tomo en romanos y páginas en arábigos.

El concepto de “nueva filología” permite pensar la realidad humana en su variabilidad y circunstancialidad. De modo que para entender un verso medieval había que preguntarse por qué lo compuso su autor, esto es, por qué de entre todos los haceres posibles prefirió ese. La nueva filología determina que la realidad de un texto depende de la realidad que fue la vida del autor. Y en esa medida, la nueva filología se realiza con el nombre de Humanidades.

Desde *Misión del bibliotecario* ya había quedado claro que la dificultad del lenguaje estribaba en saber qué quiso decir alguien cuando dejó escrito algo o cómo leer un libro o texto. La pregunta que planteaba Ortega fue: ¿qué es leer un libro? Como el lenguaje es un instrumento tosco y delicado, siempre es difícil entenderse y todavía más entender lo que quedó apresado en el papel. El lenguaje es por naturaleza equívoco y leer un libro es afán utópico.

Para Ortega, el decir es un hacer de un hombre, un hacer anclado a la realidad de ese hombre y a su circunstancia. El decir es incompleto y se compone principalmente de silencios o de cosas que se callan porque se dan por sabidas. Ningún decir dice lo que quiere completamente, sino que dice una pequeña parte de lo que intenta. Lo que manifestamos se apoya en las muchas cosas que silenciamos. Por eso, nuestras palabras son inseparables de la situación vital en la que surgen y si queremos entender lo que quiso decir alguien hay que saber más de la intimidad de ese hombre. Es por ello que Ortega postuló una nueva filología como mecanismo previo para la filosofía.

En “Apuntes para un comentario al *Banquete* de Platón” de 1946, Ortega formuló los dos principios de la nueva filología, que se pueden resumir en el principio latino que ya he mencionado:

“Leer” comienza por significar el proyecto de entender plenamente un texto. Ahora bien, esto es imposible. Sólo cabe con un gran esfuerzo extraer una porción más o menos importante de lo que el texto ha pretendido decir, comunicar, declarar, pero siempre quedará un residuo “ilegible”. Es, en cambio, probable, que mientras hacemos ese esfuerzo, *leamos*, de paso, en el texto, esto es, entendamos cosas que el autor no ha “querido” decir y, sin embargo, las ha “dicho”, nos las ha revelado involuntariamente, más aún, contra su decidida voluntad. Esta doble condición del decir, tan extraña y antitética, aparece formalizada en dos principios de mi “Axiomática para una nueva filología” que suenan así:

- 1.º Todo decir es deficiente –dice menos de lo que quiere.
- 2.º Todo decir es exuberante –da a entender más de lo que se propone⁴.

⁴ “Apuntes para un comentario al *Banquete* de Platón”, IX, 729.

Luego, si dos dicen lo mismo, ya no es lo mismo debido a esta deficiencia y exuberancia.

Decir es querer decir tal cosa determinada, que jamás logramos decir con plena suficiencia, pero que se asienta sobre un ambiente de cosas comunes que se dan por sabidas para la comunicación. De modo que la idea o frase solo adquirirá su pleno sentido en la acción de un hombre hacia otro en determinada circunstancia. Para Ortega, “el decir verbal «responde» a una situación en que están los que hablan, a la cual reaccionan con palabras de la lengua establecida y con gestos corporales de su persona. El lenguaje es, pues, el sistema de estas tres cosas: situación-lengua-gesto”⁵. La idea de entender el lenguaje como acción del emisor hacia el receptor también fue mantenida por la teoría de los actos del habla que formularon John Austin y, posteriormente, John Searle. Para ambos, el uso del lenguaje en la comunicación se concebía como un tipo particular de acción.

La lengua es un combate entre el querer decir y el tener que callar, “la pobreza y la superabundancia del lenguaje son, en suma, la plasmación de su viva realidad, la constancia de que hablar es una tarea agonal en la que la voluntad diciente tiene que salvar algunas barreras y contar con otras insalvables que configuran su horizonte”⁶. Para decir algo tenemos que renunciar a decir todo lo demás, porque la propia circunstancia se encarga de decir lo que nuestra habla silencia. El auténtico decir se compone de silencios, porque al hablar o escribir renunciamos a decir muchas cosas. La efectividad del decir, escribió en *Miseria y esplendor de la traducción* (1948), no es solo hablar, sino también silenciar, un silencio, sea dicho de paso, positivo, porque es condición de posibilidad del lenguaje.

El lenguaje es una amputación del decir y nunca está del todo hecho, siempre está haciéndose o deshaciéndose. De hecho, cada sociedad realiza una selección de lo que hay que decir y en esa selección se crea el lenguaje. Sin la reticencia a decir todo, el lenguaje no existiría. Por tanto, el lenguaje se constituye como un uso que se nos impone y nos coacciona porque la lengua ya estaba en el contorno social con anterioridad a nosotros y la aprendemos del decir de la gente. Por eso la nueva filología insiste en atender al lenguaje en su estado naciente, es decir, busca el sentido de las palabras y de las ideas en el acto mismo del decir.

Para Ortega el lenguaje también tenía dos condiciones que son dos tipos de silencio:

⁵ *Ibid.*, 756.

⁶ Concha D'OLHABERRIAGUE RUIZ DE AGUIRRE, *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*. A Coruña: Spiralia, 2009, p. 264.

Podemos resumir esta primera condición del lenguaje diciendo: *el lenguaje está limitado siempre por una frontera de inefabilidad*. Esta limitación se halla constituida por lo que en absoluto *no se puede* decir en una lengua o en ninguna.

Pero sobre ésta se monta una segunda limitación, a saber, todo aquello que el lenguaje *podría* decir pero que cada lengua silencia por esperar que el oyente puede y debe por sí suponerlo y añadirlo. Este silencio es de distinto nivel que el primero –no es absoluto, es relativo; no procede de la inefabilidad fatal, sino de una consciente economía. Frente a lo inefable llamo a esta consciente reticencia de la lengua lo *inefado*⁷.

Por tanto, el lenguaje es inefable, ya que está limitado por la imposibilidad de captar todo con detalle debido a la necesidad de silenciar cosas y a su vez es inefado porque todo lo que el lenguaje podría decir y que cada lengua silencia debe suponerlo el oyente por medio del contexto. Para ello, el lenguaje necesita de la gesticulación o expresión. El gesto es la impresión más inmediata con la que se encuentra el hombre *a nativitate*, precisamente porque el gesto es la expresión del cuerpo del hombre hablando.

O dicho de otro modo, a estos dos principios de deficiencia y exuberancia que presenta la nueva filología para conocer el sentido real del decir de alguien, ya sea un decir fijado por la escritura o un decir actual, hay que contar con tres defectos que padece la lengua y que están relacionados con la necesidad de silenciar y no de decir: la inefabilidad, lo inefado y la gesticulación.

El estrato más profundo del habla es el Decir y este encuentra su unidad en la frase, que a su vez se compone de palabras. Para Ortega, las palabras son tales cuando son dichas por alguien a alguien. En un diccionario, las palabras son posibles significaciones, pero no dicen nada hasta que son dichas por alguien. Su significación siempre es ocasional y tan solo adquieren un sentido preciso en la circunstancia o situación en la que son dichas. La realidad palabra está estrechamente vinculada al decir de alguien y a la situación en que acontece, es decir, se carga de significación en el decir y funciona como acción viviente de un hombre sobre otro.

La palabra es inseparable del sujeto que la enuncia y de la situación en la que acontece, porque toda vida, para Ortega, está anclada a una circunstancia. Esta idea orteguiana está estrechamente vinculada a la idea de Quentin Skinner y J. C. A. Pocock, pertenecientes a la Escuela de Cambridge, del contexto o giro contextual. Es decir, la idea de atender a aquello que Ortega reconoce como circunstancia o contexto para su construcción. De modo que la auténtica significación de las palabras es ocasional, depende de la circunstancia en la que sean dichas. Por ello, la nueva filología estudia el lenguaje en su efectivo y vi-

⁷ “Apuntes para un comentario al *Banquete* de Platón”, IX, 734.

viente decir, esto es, en su estado naciente, de ahí la necesidad de respetar el principio latino *duo si idem dicunt, non est idem*.

El hombre es el diciente, ya que siente la necesidad de comunicar su mundo interior debido a la superabundancia de imágenes que halla en sí mismo. Es un animal fantástico. Esta necesidad de decir llevó al ser humano a inventar las lenguas. Sin embargo, ilusoriamente creen los hombres poder decir todo lo que piensan, pero el lenguaje no da para tanto. Aunque el lenguaje es el medio para el decir, cuanto más humanos y abstractos son los temas, más impreciso se vuelve el lenguaje. Como la lengua es un constante hacer, la lingüística necesita fundar su ciencia en una Teoría del decir, que también sería una teoría de los silencios, cuyo método sería la nueva filología. En esta Teoría del decir,

el fenómeno del habla es sorprendido verdaderamente en su *status nascens* y hace ver la palabra como lo que, en efecto es, a saber: nunca “mera palabra” y sin consecuencias, siempre acción grave del hombre en su vida y uno de los lados más dramáticos de su destino⁸.

La nueva filología, por tanto, obliga al texto a decir más porque permite ver el texto como acción de un hombre.

El decir de la escritura presenta un problema: se trata de un decir fijado y petrificado. Como Platón sostenía en el *Fedro*, la escritura es un decir paralítico, o “como Goethe decía, que lo escrito es mero y deficiente sustituto o sucedáneo de la palabra hablada”⁹. El libro es un decir escrito que carece de actual diciente y por tanto es un modo deficiente del habla, principalmente porque suprime el gesto del cuerpo del hombre hablando. Esta deshumanización de la palabra escrita es necesaria para obtener la objetividad que requiere la expresión y transmisión de teorías.

¿Qué es leer un libro?, se preguntaba Ortega. Leer es entender un libro y entender los pensamientos de un hombre como el fundamento de una vida. Un libro es un hecho real en tanto que es un hecho de una vida y para comprenderlo hay que volver al nacimiento de las palabras, esto es, hay que comprender la realidad íntegra de la vida en que las palabras germinaron.

Por tanto y retomando la idea del verso medieval, para entender un texto en su efectiva realidad será necesario aplicar la nueva filología con el fin de atender al momento naciente y activo en que el autor dijo o escribió eso y a la situación en que aconteció. La filosofía es un sistema de acciones vivientes, para Ortega. Esto quiere decir que las ideas del filósofo son acciones que realiza

⁸ “Instituto de Humanidades”, VI, 539.

⁹ “El hombre y la gente (Curso de 1949-1950)”, X, 302.

en una circunstancia y con una finalidad y para entender estas ideas hay que tomarlas en su efectivo decir. Por ello, la nueva filología es una propedéutica para la filosofía.

En este punto cabe preguntarse cuál es el verdadero decir. El verdadero decir es el diálogo o palabra viva, y esta es la forma idónea en la que se vierte la filosofía. El amor, que es el impulso más humano, se basa en entablar un diálogo. No es baladí que Ortega escribiera en *Meditaciones del Quijote* que esos ensayos, que eran filosofía, eran un ejercicio de amor intelectual. El auténtico decir es el que brota como reacción a una situación. La filosofía se dice mediante el hablar o el silenciar y la nueva filología es el examen primero para que la tarea filosófica tenga lugar. O, dicho de otro modo, hasta que la filosofía no se emprenda a la luz del dinamismo dramático de la vida de su autor con las peculiaridades de su época, no podrá entenderse.

Para Ortega, siguiendo a Platón y a Goethe, la palabra verdadera es la hablada, el *λόγος* es *διάλογος* y el libro o texto es un decir cadavérico. Por eso Ortega pensó que todo libro debía llevar un diálogo latente detrás de la escritura patente y debía escribirse para un lector determinado. El lenguaje hay que abordarlo *in statu nascendi* y esta es la tarea de la nueva filología. La nueva lingüística –sostiene Concha D’Olhaberriague– “propugna abordar el lenguaje en su íntegra realidad y destaca el anhelo de decir como fuente principal de su consistencia y materia de estudio de la Teoría del Decir”¹⁰.

En suma, la tarea filosófica debe comenzar por la tarea filológica, por el preguntarse por el concepto, por las palabras, como Nietzsche había anticipado. A esa intuición Ortega la llamó “nueva filología” y con ella postuló el imperativo de estudiar el lenguaje en su viviente y efectivo decir. ●

Fecha de recepción: 16/01/2020

Fecha de aceptación: 15/09/2020

¹⁰ Concha D’OLHABERRIAGUE RUIZ DE AGUIRRE, ob. cit., p. 262.

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- D'OLHABERRIAGUE RUIZ DE AGUIRRE, C. (2009): *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*. A Coruña: Spira-lia.
- MÄRTENS, G. (ed.) (2008): *Correspondencia: José Ortega y Gasset, Helene Weyl*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1974): *Epistolario*. Madrid: El Arquero.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004-2010): "Meditación del pueblo joven", en *Obras completas*, vol. IX. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Apuntes para un comentario al banquete de Platón", en *Obras completas*, vol. IX. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "La filosofía parte a la descubierta", en *Obras completas*, vol. IX. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Epílogo de la filosofía", en *Obras completas*, vol. IX. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Goethe sin Weimar", en *Obras completas*, vol. X. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "El hombre y la gente", en *Obras completas*, vol. X. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Instituto de Humanidades", en *Obras completas*, vol. VI. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Velázquez", en *Obras completas*, vol. VI. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Prólogo a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm de Córdoba", en *Obras completas*, vol. VI. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2004-2010): "Prólogo a la Historia de la Filosofía de Émile Bréhier", en *Obras completas*, vol. VI. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.